

de masacrar hombres, utilizando los métodos de la política por encima de los métodos de la guerra.

Mónica Toussaint  
INSTITUTO MORA

Luis G. Zorrilla, *Relaciones políticas, económicas y sociales de México con el extranjero*, Luis G. Zorrilla, México, 1993-1996, v tomos.

Las relaciones internacionales de México son una parte determinante de la realidad de la sociedad de este país. La historia de estas relaciones ha llevado a cuestionar, no siempre de la manera más fácil y clara, el vínculo del acontecer político, económico y social interno y externo. Ello sucede por varias razones entre las que resalta la tradición de una historia diplomática no siempre aceptada como parte del estudio de las relaciones internacionales, donde esta última es considerada una disciplina en proceso de construcción. Por tanto, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, las cuestiones del devenir interno o externo aparecen generalmente si no aislados, sí formalmente distantes, y con puntos de encuentro casi inexistentes. Tal reto lo afronta el embajador Luis G. Zorrilla en la obra aquí comentada. Este diplomático de carrera lleva al lector a identificar, mediante una descripción cronológica y temática de más de 200 años, muchos de los puntos del devenir nacional que salda, en buena parte, la insuficiencia antes aludida.

Como en sus anteriores trabajos, ahora se denota la disciplina y el rigor metodológico en el estudio de cientos de expedientes del Archivo Genaro Estrada de la

Secretaría de Relaciones Exteriores bajo la tradición empírica y descriptiva, sin explícitas intenciones interpretativas o de análisis teórico. Sin embargo, en sí misma, esta obra resulta ser una fuente documental de obligada revisión cuyo interés implícito es emprender una reiterada valoración de la historia de la política exterior mexicana. Tal objetivo no rompe con muchos de los esquemas historicistas, mas ello mismo es un punto de partida para poder considerarse fuente documental donde se va integrando una visión dialéctica entre el acontecer nacional y el externo. ¿Así lo entiende el autor? No lo sabemos. No obstante, en el estudio de la historia de las relaciones internacionales, una obra de estas características es un aporte a la consolidación de la propia disciplina.

A lo largo de cinco tomos, se emprenden la labor de entrelazar la vida interna y exterior de México desde una doble perspectiva: la revisión histórica general del país y la labor diplomática nacional. En especial se aborda la política exterior de México, valiéndose de documentación primaria oficial, la cual sigue siendo una fuente histórica de gran valor que se multiplica por los índices onomástico, geográfico y analítico. El recorrido temporal parte desde la segunda mitad del siglo XVIII donde pueden ubicarse las transformaciones del imperio español e identificarse el arribo de la naciente república mexicana al concierto internacional. Ahí son narrados los procesos de reconocimiento de la propia nación y las vicisitudes de la fragmentación territorial de la antigua América española. El primer tomo termina su análisis hacia 1840 y trata asuntos multilaterales, esencialmente, con los países latinoamericanos.

Aunque es un tema a discutir, por varias aristas, incluir como política exterior la acción gubernamental de las autoridades virreinales de Nueva España hacia la metrópoli o hacia otras naciones, llama la atención que el sólo planteamiento de esos parámetros temporales se inscribe en la tendencia,<sup>1</sup> relativamente reciente, de considerar los últimos años del dominio español como parte sustancial para la comprensión de la entonces naciente nación mexicana.

Los tomos II y III comprenden de 1840 a 1867 y de 1867 a 1910, respectivamente. Esta cronología se ajusta, medianamente, a los tradicionales parámetros de periodización de los estudios históricos. Sin embargo, el contenido de la obra nos da una variación significativa. Por ejemplo, cuando aborda la política exterior mexicana hacia Francia, sus apartados son monografías que permiten rebasar, en ocasiones, los límites impuestos tanto por las fuentes documentales como por el material bibliográfico de apoyo. Otro ejemplo, al presentar las "Relaciones sociales y culturales, 1821-1867", se discute la cultura europea, las formas de gobierno, la protección social y la educación (enseñanza, maestros, científicos, extracción de tesoros culturales), además de periodismo, literatura, teatro, pintura, arquitectura, escultura, canto, música y recreo.

Por otro lado, es muy interesante cómo en esta obra se incorpora la opinión de diversos actores sociales durante los siglos XIX y XX, desde los funcionarios diplomáticos hasta las polémicas políticas o eco-

nómicas que se registran en prensa escrita, radio, televisión y medios extranjeros. La configuración de este contexto posibilita acercarse a comprender la progresiva desaparición de los enfoques puramente internos o externos de la vida de un país, lo cual es aún más evidente en los tomos IV (1911-1940) y V (de la segunda guerra mundial a los años ochenta).

Se podría objetar al autor que su obra es de carácter positivista y con una lectura clásica de la historia diplomática. Creo que ello no sería del todo acertado. Las características descritas arriba le dan una dimensión más amplia. Pongamos como ejemplo las referencias al tema de la violación de los derechos humanos. Al igual que muchos otros analistas políticos, los derechos humanos son considerados parte de una explicación integral de las condiciones sociales de la nación y de sus repercusiones en el ámbito internacional. No es un punto de apoyo más para dar redondez al texto, una cereza que le dé un lucimiento trivial, más bien es un eficaz intento por rebasar aquel marco "clásico" de la historia diplomática, que deja fuera el acontecer social en su íntima relación con la política exterior.

Es evidente la implantación de esa perspectiva conforme el lector avanza en el tratamiento de la historia mexicana del siglo XX. Por tanto, cabe puntualizar algunos otros temas allí analizados. Un acontecimiento que puede llegar a considerarse antecedente de ciertas actitudes relacionadas entre la diplomacia y la visión de nación de la elite gubernamental mexicana, es la narración en torno al restablecimiento de las relaciones con la Unión Soviética hacia mediados de la década de 1940. Después de sintetizar la versión oficial de cómo se realizó ese pro-

<sup>1</sup> Véase Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, Nueva Imagen, México, 1992.

ceso, resalta el fallecimiento del embajador soviético junto con su comitiva “al ocurrir un accidente en pleno vuelo” cuando se dirigían hacia San José, Costa Rica, para la presentación de cartas credenciales en aquel país. Zorrilla hilvana esta serie de hechos bajo la expresión: “pareció peligroso el cargo diplomático de un comunista en el país”.

Por último, mas no a falta de ejemplos, son interesantes algunas de las conclusiones que tienen como fundamento la práctica y el análisis de la diplomacia. Nos referimos a la forma como desentraña el concepto de “política activa” dentro de la actuación del gobierno mexicano hacia el exterior. El autor sostiene que desde 1928 la tal “política activa” tuvo como principal punto de referencia

a un aspecto de la política interna al que se le dio un nombre equivocado, porque lo activo se aplicó al elemento propagandístico que a menudo trata de suplir la falta de contenido, y al deseo presidencial de aparecer como abanderado en cuanta iniciativa surgía que le parecía propicia para obtener publicidad.

Junto a lo anterior, la presencia y la actividad del personal diplomático como elementos de esa política, tiene como resultado que

en muchas de las embajadas las actividades son sólo protocolarias, que le han dado mala fama al servicio diplomático, de frívolo, caro, pomposo e inútil en gran parte, y que han caracterizado como riesgo y enfermedad profesional la dipsomanía.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Zorrilla, *Relaciones*, 1996, t. v, p. 172.

Estos juicios parten de que las “formas de gobierno” imperantes en el país han adolecido de democracia, la cual puede acercarse mediante los “cambios de partido en el gobierno”, y así evitar “el continuismo y conservadurismo con los consiguientes estallidos de violencia tarde o temprano”.<sup>3</sup> El devenir nacional e internacional tal vez niegue o transfigure en matices diversos esta propuesta. No obstante, dichas conclusiones fueron arrancadas después de analizar y buscar respuestas en los argumentos expuestos en esta amplia obra.

Si a primera vista los cinco tomos del embajador Luis G. Zorrilla ofrecen una síntesis de las relaciones mexicanas con el exterior, y en forma particular en sus aspectos diplomáticos, en cambio, avanzando en la lectura, comprendemos que es un documentado esfuerzo por reinterpretar la historia nacional e internacional, desde una más de las innumerables trincheras que unen la práctica diplomática con la reflexión intelectual.

Jorge Castañeda Zavala  
INSTITUTO MORA

Virginia Martínez, *Los fusilados de abril: ¿quién mató a los comunistas de la 20?*, Ediciones del Caballo Perdido, Montevideo, 2002, 142 pp.

Vivimos para enterrar a nuestros muertos y en el desolado acecho de los que puedan caer. Montevideo es ahora la ciudad de la angustia incierta. Angustia que es cifra de todas las angustias. Como en territorio ocu-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 689.